



La poesía religiosa que más nos ha impresionado sin duda es la de José Miguel Ibáñez Langlois. (Tiene que ver en ello el que sea religiosa y nada más, es decir, sin mezcla del vivir profano de cada día ni de la relación más o menos íntima con los demás). Quizá. Reconocemos, no obstante, que más allá de aquella impresión, de origen católico, algo hay que permanece ajeno, algo ante lo cual nos detenemos al margen, y es el sentimiento religioso mismo. La poeta, mucho lo hemos reiterado, es un atributo misterioso de la especie humana, y tanto, que ese otro misterio que es la identificación con Dios, se vuelve a ella para ser expresado. Reparemos a la vez en que ambas poesía y religión, se hermanan en un mismo fenómeno espiritual: el éxtasis. Más de algún poeta de los modernistas y dialogales se escandalizaría al leer lo dicho; no discutiremos esa irritación; sólo diremos que el más simple de los versos, cuando es perfecto, resulta siempre nacido de uno o muchos instantes de inspiración. Y esto, el poeta escandalizado lo sabe. (La poesía conversacional ha sido forzada a tales extremos que un poeta cualquiera podría parecerlo en el número de palabras que nos venga en gana y adentrarnos, al verla, el de enfrente o nosotros un "poema" de lo más docto. Esto sin embargo, ni esos, vecinos ni

menos nosotros lograremos jamás perseguir un solo verso que se parezca siquiera al más mínimo de la gran poeta de Neuquén, de César Vallejo, de Lugones, de Tanco, de Gabriela, de Saint-John Perse, de Omar Kahy, de Salomón, de los ángeles, o siquiera de los payadores).

Estas reflexiones nacieron de leer un pequeño volumen de versos de Marta de Munita (y otros paréntesis: cinco son ya las Martas que integran el acervo de nuestra literatura femenina: Marta Vergara, María Brunet, María Villanueva, María Jara y María de Munita. Observemos que a esta coincidencia se añade otra: las

MARTA DE MUNITA

por M. C. G.

cincos, aunque ofrecen categorías, son excelentes escritoras. Luego, aunque es fama de que las mujeres se inclinan más a escribir poesía, podemos notar que en este caso cuatro de ellas son prosistas).

Gran parte de esta poesía (1) es de inspiración religiosa. En ésta y en la de carácter profano percibimos en la autora una contención extremada. Y luego ¿por qué de Munita y no el propio apelativo con que naciera? Nuestra pregunta deriva del hecho de que un creador, un poeta, al publicar, ofrece una individualidad —y cuán fuerte— al público, con lo que su nombre viene a ser una entidad que trasciende toda circunstancia social. Inclusive y a nuestro juicio, el pseudónimo es una individuación casi cerrada que un creador se da y presenta al público. Esto incluye a ciertas escritoras que tienen, de hecho, el apellido del marido, como el caso de Amanda Labarca, y las cuales han emitido la preposición posesiva, acercándose así al pseudónimo.

La señora Munita tiene, sin duda, originalidad en su manera poética, si bien sigue con una especie de grave adhesión el estilo ascético incluido en Chile, si no erramos, por Armando Uribe y algún otro de la pléyade del Saint-George's College, formada, guiada y estimulada por Roque Esteban Scarpa.

Este estilo, que implica una economía a ultranza en la expresión y aún en la incidencia que en ésta tiene la estructura gráfica del poema, ¿puede sostenerse indefinidamente? Por ejemplo, si se crean en muchos libros muchos poemas como el que sigue, titulado "Amarillo":

Limónero: te oculta el amarillo,
e ignoras a Dios en todos los colores

¿Constituirá en el tiempo un momento trascendente, tanto como limonero, en la poesía de un país y en el poeta mismo? Quien sabe. Tenemos entendido, en todo caso, que Uribe se ha alejado ya de él. Pero la interrogante nace también del hecho que lo mejor de esta poesía de Marta de Munita se encuentra en algunas estrofas de sus poemas más extensos. Así, por ejemplo:

Ya no sé si en la muerte te
has ido
dejando en el agua
sólo el nombre del río.

También éste:

Geranio me creces alto;
tú sin llama, yo sin sangre,
que en la esquiva nacieron
todos los ríos más grandes.

Pensamos ahora: ¿qué resonancia alcanzarían los poemas de esta autora si la técnica de su expresión tomase esa "cierta" desmembración que ha tocado la obra de todos los grandes poetas de todos los tiempos? Se nos ocurre que mucha. Y nos lo dice el contenido, el acento, una como vibración interior netamente artística del poema que sigue, dedicado al hijo Carlos Ignacio, y a nuestro juicio uno de los más valiosos del breve volumen, aparte el único soneto, "El Pafnós", que nos parece de muy fina perfección:

Tantos huesos te he dado
de este cuerpo
con ojos y con manos
que voy quedando sola.

Tantos huesos te he dado
que me aprisiona el mudo
de tu ausencia,
cal que no regresa
a mi mudo solitario.

Con todo, sabemos bien que las mujeres artistas se realizan muy poco, debido a que para la mayoría de ellas su arte es secundario en

sus vidas. Ni su tiempo ni su dedicación ni su entrega, por último, es para él, en primero y riguroso lugar. Sólo en los casos de las grandes dotadas, que llegan a constituir casi un fenómeno, como una Mistral, una Emily Dickson, una Sade, ha significado su arte para ellas la totalidad de su existencia. Entendamos que esto no quiere decir dejar de "vivir la vida" como tanto se dice, pero sí implica que el arte es el centro, el núcleo, la esencia que todo lo deflagra en llama creadora.

Como sea, esperemos... y esperemos.

(1) "Árbol de Ranzano". Poesías, por Marta de Munita. Editorial "La Nación". Madrid, 1978.

Marta de Munita [artículo] M. C. G.

Libros y documentos

AUTORÍA

M. C. G.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Marta de Munita [artículo] M. C. G.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile